

Cristianos maduros, o niños espirituales

Liviu Alban

Buscamos el sentido a nuestra vida espiritual. ¿Cuál es la motivación sublime que nos llevará sin desfallecer hasta el objetivo supremo?

La mayoría de nosotros vivimos movidos por impulsos rudimentarios, carnales, enraizados en nuestros deseos y temores, en la recompensa y el castigo.

Estas dos motivaciones son instintivas, acordes con la naturaleza pecaminosa con la que nacimos. Se puede decir que ahí no hay nada espiritual.

Los niños nacen en la inocencia, pero son pura esencia carnal, caída. Se atienen a los dos motivadores de sus *deseos y temores*. Seguir indefinidamente en esa condición significaría la muerte eterna. Desde el nacimiento su vida gira en torno al yo. Carecen de orientación espiritual. Su preocupación es *recibir*. No importa si su madre está cansada o si carece de recursos para adquirir aquello que desean. Los niños no conocen otra motivación hasta que su mente se desarrolla y surge la introspección.

Como padres comenzamos el proceso educativo centrados en el comportamiento. Quienes tienen una perspectiva espiritual procuran ciertamente presentarles la motivación superior. Aunque por un tiempo el niño parezca no poder captarla, es capaz de recibirla en su subconsciente. No nos impacientamos, ya que al inicio estamos interesados en que aprendan conductas apropiadas, en que hagan las cosas correctas sin estar particularmente interesados en el por qué. Basta con que les enseñemos normas, reglas; basta con darles el buen ejemplo, el modelo correcto. Todo ello recurriendo a los dos motivadores que mejor conocemos: el caramelito, o bien las prohibiciones / castigos. Eso funciona *al principio*, siempre que lo apliquemos correctamente y en su justa medida.

El *castigo*, como motivador, utiliza el miedo; un asunto extraño a los caminos de Dios, un producto que lleva el sello del maligno y que ha sido utilizado a gran escala y con “éxito” para dominar a las personas, familias, poblaciones, naciones y conciencias. La iglesia tradicional fabricó y utilizó esa doctrina extraña, ajena a la Biblia, literalmente diabólica: las llamas del infierno. La utilizó durante dos mil años para llenar iglesias, recaudando montañas de oro con un éxito incuestionable desde el punto de vista material y político. Desde la perspectiva personal, muchos, por temor a salir de su área de confort o seguridad, viven en un círculo cerrado, confinado, sin explorar sus múltiples dones ni multiplicar los talentos recibidos.

Adjunto al movimiento de la Reforma protestante, la *recompensa* ha sido el otro motivador terrenal que ha dinamizado las iglesias reformadas y protestantes. Ni las neoprotestantes se han librado.

Esta vez el “caramelito” es el cielo: el objeto del deseo; legítimo, por cierto. Es la excelencia que procuran los padres para sus hijos y las iglesias para sus miembros, pero por vías carnales, mundanas.

Cuando el niño crece comienzan las preguntas esenciales para su desarrollo: ¿Quién soy? ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué sentido tiene lo que hago, lo que creo? ¿Por qué hago lo que me han dicho? Los padres, tutores, maestros y consejeros espirituales debieran ser capaces de presentarles explícitamente ese motivador superior de origen divino.

Así sucede en el pueblo de Dios. Quienes entran en contacto con Cristo mediante una iglesia son *niños* (espiritualmente hablando). Dios comienza su educación según el lenguaje que puede entender la mente carnal: normas, reglas, ejemplos orientados a educar el comportamiento. Es un camino exitoso para muchos, y un proceso más rápido y resolutivo que en el caso de los niños literales, ya que el Maestro es poderoso y ofrece con su ejemplo perfecto la motivación superior.

No obstante, hay muchos que no crecen. Demasiados, en muchas partes del mundo, iglesias enteras junto a sus líderes, no maduran. Afirman haber encontrado a Cristo, pero no aprendieron de él. *Siguen siendo niños* movidos por aquellas motivaciones básicas que son según los rudimentos del mundo. Sólo responden a la motivación del temor o de la recompensa. Fuera de eso no hay nada.

En 1 Corintios 3:1-3 leemos:

Yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche, no alimento sólido, porque todavía no podáis recibirlo. En verdad, ni aun ahora podéis, porque todavía sois carnales.

Observa la asociación “niño” — “carnal” — “leche”, en contraposición con “alimento sólido”. Aún no hemos abandonado la dieta propia de un niño. Seguimos pendientes de progresar hasta la alimentación que es apropiada para el adulto.

Hay un tiempo para ser niños y un tiempo para crecer. Cuando conocemos a Cristo nos preocupan los comportamientos: ‘No hagas esto’, ‘cambia eso’, ‘obedece aquello’... Necesitamos listas de obligaciones a cumplir, y metas que alcanzar.

Experimentamos ciertos éxitos y nos sentimos santos (!). Era de esperar: Dios está comenzando a trabajar con un *niño* en la fe. Así trabajó el Eterno en el Antiguo Testamento con su pueblo no experimentado en la fe. Utilizó las mismas herramientas que empleamos para los niños: la bendición y la maldición; las promesas de prosperidad o de punición; los milagros, o bien las advertencias y castigos.

También les manifestó en innumerables ocasiones su carácter de amor con la esperanza de que madurasen y captaran el propósito de su Creador. La Biblia nos proporciona ejemplos de unos cuantos que cedieron al influjo de la atracción del amoroso Yhwh. Sabemos de casos notables. Seguramente hubo muchos más que no conocemos. Dios

sabe. Los que conocemos están en marcado contraste con el resto de la gran masa: Enoc, Noé, Abraham, José, Job, Moisés, David, Daniel, los apóstoles, etc.

¿Qué fue lo que entendieron estos, y que escapó a la comprensión de los demás hasta donde sabemos? ¿Qué desea Dios que aprendamos nosotros a fin de que crezcamos en su conocimiento? ¿Cuál es el deseo de todo padre respecto a lo que espera que su hijo aprenda?

— **Qué la única motivación válida y duradera es la del AMOR.**

Esa sublime motivación no es humana. El hombre no la puede originar, y el hombre carnal no la puede entender ni experimentar. El Amor ha estado creando el universo y los mundos. Está reflejado en cada flor y en cada brizna de hierba. El amor divino creó al hombre, y ese mismo amor lo rescató.

Es triste que, por años, demasiados años, las iglesias se han ocupado en criar a niños que nunca maduran, que siguen siendo niños pidiendo y necesitando leche. Demasiados hermanos necesitan listas de puntos a cumplir a fin de obtener la ansiada recompensa. Muchos siguen afiliados a una iglesia por temor a ser desheredados y perder el cielo, y contemplan con aprensión o miedo los anunciados eventos finales.



¿Qué promete Dios al renovar el pacto eterno con su pueblo, eso que tantos son incapaces de entender? ¿Qué diferencia apreciamos en el Nuevo Testamento respecto al Antiguo? ¿Cuál es la clave en el nuevo pacto, que es en realidad el pacto eterno renovado? Es el paso desde la niñez hasta la madurez espiritual, de las promesas al cumplimiento, de las formas al contenido, de lo exterior a lo interior del individuo. El pacto eterno expresa una relación de AMOR con el Creador. No lo motiva la recompensa ni el castigo. El nuevo pacto no significa el abandono de las normas, sino su interiorización. No cambias la ley, sino que la haces tuya sabiendo que el mandamiento es “santo, justo y bueno”. El Nuevo Testamento es un llamamiento a la madurez espiritual. El que transgrede el sábado no es apedreado, la mujer adúltera es perdonada; a quien decide seguir a Cristo se le anuncia un camino estrecho, y al que quisiera ser el primero se le pide que sea el primero en servir a los demás. No hay otra motivación posible para seguir a Cristo, excepto la motivación del amor. ¿Por qué observas las normas? ¿Por qué quieres que otros conozcan a Jesús? ¿Por qué procuras el bien de los demás? ¿Por qué te alegra el bien del otro? ¿Por qué lloras con los que lloran? ¡PORQUE AMAS! Yo quiero el cielo porque otros estarán allí, y sobre todo porque Cristo estará con nosotros (Apocalipsis 21:3).

Imagina que tienes un “amigo” que procura tu compañía por el interés, uno que sabes que espera siempre una recompensa de tu parte. ¿No tendrías motivo para dudar de su amor? Imagina otro caso: quieres a tu amigo, pero le tienes miedo. ¿Será posible en esas condiciones una relación duradera? ¿Cómo pondría Dios en riesgo la felicidad eterna en

la tierra nueva, si estuviera poblada por seres guiados por otra motivación para relacionarse con él distinta del amor? ¿Qué siente el corazón de un padre terrenal cuando percibe que sus hijos, ya crecidos, se relacionan con él por el interés o por el miedo a perder la recompensa?

Quizá te hayas preguntado cómo es posible que hombres y mujeres hayan sido capaces de atravesar tragedias terribles sin perder su fe, sino al contrario, fortaleciéndose en ella. ¿Cómo subsistieron los antiguos patriarcas y profetas: José, Job, Daniel, etc.? ¿Cómo lo hicieron los apóstoles, los mártires de la Edad Media, y otros que nos son contemporáneos? El motor de su vida fue y es el amor de Cristo, y ese es un amor verdadero que “nunca deja de ser” (1 Corintios 13:8), que no disminuye en la adversidad, que no depende de la prosperidad ni de la recompensa. Ellos también tuvieron que sobreponerse al estado de niñez espiritual, y el secreto para eso fue enamorarse de Dios. Un ejemplo elocuente es la experiencia de Pedro en el pretorio. Tras haber declarado que seguiría a Jesús hasta la muerte, en el momento de la verdad lo negó fácilmente. Más tarde tuvo que ser confrontado por tres veces con la misma gran pregunta: “¿Me amas?” “¿Me amas más que a estos?” Y sí: Pedro —ahora— lo amó hasta el final. Los apóstoles progresaron desde la situación de discutir quién de ellos sería el más grande o bien qué recompensa recibirían, a seguirlo incondicionalmente.

En la recta final de este mundo de pecado, por una vez en la historia Dios y Satanás tendrán en cierto sentido un objetivo común: crear el contexto para el último zarandeo, el gran zarandeo. La motivación del miedo / recompensa seleccionará a cada ser humano situándolo en uno de los únicos dos grupos.

Caerán todos los que hayan permanecido como niños espiritualmente hablando. La tentación será a elegir una vida de normalidad —en medio del caos— mediante una postura de compromiso espiritual, ante la perspectiva de ser excluidos de la sociedad. Se equivoca quien crea que bastará con haber sido obediente, con haber observado un comportamiento irreprochable, no haber dejado de asistir a la iglesia, haber predicado a Cristo y haber ayudado a los demás. Se equivoca quien crea que eso le proporcionó la fortaleza suficiente. Ninguna motivación distinta al amor de Dios prevalecerá.

El amor, la fascinación por Jesús, un interés genuino por él y por sus hijos, son los verdaderos ingredientes que permitirán permanecer en pie en la hora de la gran crisis.

¿Cuál es tu motivación? ¿Qué te mueve a seguir por la senda estrecha? —La intimidad y la confianza hacia Aquel que te lleva en sus brazos incluso cuando quieres, pero no puedes más.

Que la recompensa figure en último lugar, y que el temor sea sólo temor por entristecer con tu pecado a Aquel que te amó hasta dar su vida por ti.

Jesús dijo a sus apóstoles:

Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo (Juan 16:33).

Pablo escribió:

Ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor (1 Corintios 13:13).

www.libros1888.com

